

Hubo un tiempo en el cual los museos fueron el resultado de la paciente labor investigadora de eruditos, sabios o diletantes; pero en España hubo otro tiempo, no tan lejano, en que fueron los ignorantes y los arrogantes quienes construyeron y diseñaron los museos. De esta forma se pasó de un tipo de museos de objetos pacientemente recuperados e investigados pero deficientemente expuestos a unos museos sin objetos, sin investigación que avalara ninguna idea pero con un magnífico plumaje. Museos que, al igual que los loros, hablaban al público pero no le transmitían nada. Este tiempo de los *museos-loro* fue muy prolífico en construcción y en diseño. Y de la misma forma en que se construyeron autopistas y trenes de alta velocidad sin pasajeros y aeropuertos sin aviones, en España se construyeron también museos sin ideas ni objetos. Los nuevos sacerdotes de esta cultura, al igual que el clérigo que Quevedo describiera en el *Buscón*, se parecen a «un clérigo cerbatana, largo solo en el talle», es decir, huecos y cortos de mollera.

El resultado de este aquelarre cultural, auténtico festín de brujas, han sido magníficos edificios habitados por las telarañas. Insostenibles, inútiles, sin otra función que alimentar los bolsillos de la especulación que atenaza, no ya el crecimiento, sino también a la propia existencia de la cultura.

Y en este panorama subsisten los museos, los de siempre, aquellos que habían nacido de la labor esforzada de sabios trabajadores de la cultura. Ellos no estuvieron presentes en el aquelarre cultural. Tampoco se beneficiaron de la especulación. Apenas se sostuvieron con sus andrajos frente al insultante despilfarro de los ricos. Y ahora, los nuevos profetas de la economía les anatemizan; les dicen que sobran; que el país no puede permitirse el *lujo cultural*; y con una impudicia que clama al cielo, amenazan en nombre de la austeridad con cerrarlos.

Frente a ello, hay que levantar la voz del Museo Pobre, del que no tiene recursos y nunca los ha tenido; del museo que ha sobrevivido a las guerras, a las bombas, al hambre y a los inviernos sin calefacción; aquellos museos cuyo director abre por la mañana y cierra por la noche; lleva la administración y atiende a las visitas y cuyas vitrinas fueron compradas a base de las miasmas que caían del despilfarro de los ricos.

Este pequeño manual quiere ser un homenaje a este museo y a estos museólogos. Y quiere ser una fuente de inspiración en su duro quehacer diario. Nuestra experiencia en largos años trabajando en este campo de la museografía nos ha proporcionado la ocasión de comprobar una realidad a menudo escondida: la del museo pobre. Hemos podido ver cómo en estos museos había profesionales honestos y sabios, amantes de los objetos que allí se custodiaban y conscientes de que ellos eran un baluarte contra la barbarie. Estos museólogos existen todavía en todas partes y son más numerosos que los especuladores de la cultura. Y puede que ellos, seres acostumbrados a resistir los embates de ediles opulentos e ignorantes, no necesiten de nuestras ideas sino solo de algunas palabras de aliento.